

cio de su Ministerio, y sin mas intervalo que el de dos dias de enfermedad. Todo el Público sintió esta pérdida, y el sentimiento está aún tan vivo como desde el principio en el corazon de muchas personas que hallaban en él lo que no se halla facilmente en otra parte. No se olvidó de ellas al morir, y se puede hacer igualmente cuenta de que la memoria del P. Burdalue las será siempre preciosa. Sus obras suplirán la falta de su persona: en ellas se volverá à hallar él mismo, à lo menos todos sus afectos y todo su espíritu: porque los que van aquí son sus verdaderos Sermones, y no unas copias imperfectas, como las que algunos años ha salieron à luz. El negó claramente que fuesen suyas, y con razon: pues está en ellas tan desfigurado, que no debia reconocerse en ellas à sí mismo.

Al fin del quarto tomo se hallarán dos cartas que salieron despues de su muerte, la una manuscrita, y la otra impresa. La una es de un ilustre Magistrado, cuya casa, y singularmente la persona veneraba mucho el P. Burdalue. Se ven en ella rasgos de Maestro, y no tiene menos parte en ella el ingenio que el corazon. La segunda es una de aquellas cartas circulares que se envian à las Casas de la Compañia para dar aviso de la muerte de qualquier Jesuita. Esta la escribió el P. Martino, Confesor de Monseñor el Duque de Borgoña, y Preposito de la Casa Profesa quando murió en ella el P. Burdalue; no pudo negarse al Público, y se reimprimió muchas veces; tanto se gustó de ella, y tan buscada fue.

Resta decir una palabra sobre los compendios que están al fin de cada tomo. Pidiéronlos muchas personas, y despues de haber deliberado algun tiempo, pareció que sería bien hacerlos, porque podrian ser utiles à algunos Predicadores, y los que no quisiesen servirse de ellos serian dueños de no leerlos. Si son algo largos, es porque lo son los Sermones, y están muy llenos. En otras ediciones se podrán abreviar ó suprimir.



SERMON

EN LA FIESTA

DE TODOS SANTOS.

Sobre el premio de los Santos.

Gaudete, & exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cælis.

Gozaos y alegraos, porque es grande el premio que os aguarda en el Cielo. S. Matheo en el cap. 5. v. 12.

SEÑOR.



L Hijo de Dios es quien habla, y en el Evangelio de este dia nos propone la gloria celestial, no como un bien que puramente hemos de poseer como heredado, sino como un premio que hemos de merecer á costa de nuestras fatigas. Sabía bien, dice San Juan Chrysostomo, lo interesados que somos: y usando con nosotros de una condescendencia digna de sí mismo, nos solicita con nuestro interés, para que tomemos el partido de servirle. Sin remitir un punto de sus derechos, ni disminuir el mandamiento que nos puso de amarle por sí mis-

mismo, y mas que à nosotros mismos, viene bien en que nos mire de algun modo à nosotros el amor que le debemos à él: y con tal que nuestro interés no sea servil, consiente que le amemos por interés, ó por mejor decir, que hagamos interés nuestro el amarle. Por eso nos promete un premio, cuya consideracion tiene una eficacia grande para elevarnos à aquel amor puro y perfecto, que (como añade el Chrysostomo) enlaza santa y divinamente nuestro interés con el de Dios.

Vamos pues, amados oyentes míos, al pensamiento de Jesu-Christo; y sin hacer ostentacion de mas elevada doctrina que la que este soberano Maestro nos enseña, paremos la consideracion en el premio à que nos llama, y que quiere consideremos quando nos dice: *Un premio grande os está reservado en el Cielo: Ecce merces vestra copiosa est in Caelis.* Es de fé que podemos y debemos merecerle; y esto lo supongo como un principio que no tiene duda; mas supuesto este principio, quiero mostraros quàn digno es este premio de nuestros deseos y cuidados. Para empeñarlos à merecerle, intento descubrirlos sus excelencias y ventajas. Por la comparacion que he de hacer de él con los premios del mundo, es mi designio hacer que lleguéis à tomarle el gusto, y si puedo, excitar en vosotros con lo mismo unas santas ansias de adquirirle.

Para daros pues una cabal idea de este premio, me ciño à las palabras de mi texto, cuya literal exposicion descubre desde luego todo mi designio. Penetrad bien su orden y su division: *Ecce merces vestra copiosa est in Caelis.* Este premio que Dios prepara à sus escogidos, es un premio seguro: *Ecce*: Veisle ahí. Un Dios es quien os le promete; y si le quereis sinceramente, vuestro es: *Ecce merces vestra.* Es un premio abundante, que solamente tiene la magnificencia de un Dios por medida, y él solo será el colmo de todos vuestros deseos: *Ecce merces vestra copiosa.* Al fin, es un premio eterno que jamás perderéis, porque os está guardado en el Cielo, donde no hay mudanza ni revoluciones: *Ecce merces vestra copiosa est in Caelis.* Calidades muy à proposito, Christianos, para hacer las mas

vi-

vivas impresiones en vuestros corazones y en vuestros espíritus; y mas si haceis juicio de ellas, contraponiéndolas à las que se hallan en los premios del mundo; es decir, à las tres diferencias esenciales que os pido reparéis entre los premios del mundo y éste de los escogidos de Dios; porque nada hallo mas eficaz para interesaros y despertar vuestra fé. El premio de los escogidos de Dios es un premio seguro, y los premios del mundo son inciertos y dudosos: esto será el primer punto. El premio de los escogidos de Dios es un premio abundante; y los premios del mundo son cortos y sin substancia: este será el segundo. El premio de los escogidos de Dios es eterno; y los premios de mundo son caducos, y precederos: este será el último punto.

Estas tres causas de consuelo y regocijo nos propone la Iglesia poniéndonos à la vista la gloria de los Santos, y alentándonos con este motivo à que imitemos su santidad: *Gaudete, & exultate.* Si os conformais con sus exemplos, regocijaos: ¿Y por qué? Porque vuestro premio será seguro, será cumplido, será eterno. Pero al contrario, llorad, afligios, si à pesar de tan ventajosas calidades, poseídos del amor del mundo, hallais menos gusto y atractivo en este premio de los Santos. No solo os digo que lloreis, sino que tembleis, si la dureza de vuestros corazones os hace insensibles à tan eficaces verdades. Dadme, Señor, vuestra gracia, para que trate digna y utilmente materia tan importante. Haced que mis oyentes penetrados de la virtud de vuestra divina palabra conciban un deseo ardiente, una esperanza viva, un santo anticipado gusto de los bienes que les preparais: que con la consideracion de estos bienes inefables estén desasidos de la tierra, y en adelante solo piensen en el Cielo: que renuncien la vanidad, que busquen la verdad con solidez, que se determinen como vuestros Santos, y como los que han de ser algun dia compañeros de su gloria, à pelear con el mundo y vencerle. Esto es lo que para ellos y para mí os suplico por medio de la mas santa entre las Virgenes: AVE MARIA.

I. PARTE.

Es triste y fatal destino de los que siguen el partido del mundo, cansarse, apurarse, sacrificarse muchas veces por unos premios inciertos, que dificultosamente se alcanzan, y que cada día despues de esperanzas vanas solo queda el pesar de verse infelizmente frustrados, y aún tambien de verse injustamente excluidos de ellos. Por el contrario, la felicidad que lograron en la tierra los escogidos de Dios, y estos Santos predestinados cuya gloriosa memoria celebramos hoy, consistió en trabajar por un premio seguro, y en servir à un dueño, en cuyo servicio es cuenta segura que jamás hubo ni habrá meritos perdidos. Servian à un Dios fiel en sus promesas, y tenían delante de los ojos un premio que no podia faltalles. Ved ahí, dice el Chrysostomo, lo que les dió aliento para emprender y sufrir quanto les fue posible. *Pattior* (decia San Pablo lleno de aquella heroyca fortaleza que le inspiraba la fé de una verdad de tanto consuelo) *Pattior, sed non confundor*. Padezco, pero tan lejos estoy de afligirme con mis penas, que antes hago gloria de ellas: ¿y por qué? *Scio enim cui credidi, & certus sum quia potens est depositum meum servare in illum diem.* (a) Porque sé bien quién es aquel à quien he fiado mi deposito, y estoy seguro de su gran poder para guardarme hasta aquel dia grande en que todos han de recibir su merecido. ¿Y qué entendia por su deposito? El caudal de merecimientos que habia adquirido para con Dios; es decir, lo que habia hecho ty padecido por Dios, y eso por la esperanza de la gloria con que sabia que sus trabajos Apostólicos habian de ser galardoados: este es el sentido literal de este lugar. Yo he peleado (añade en la misma epistola à Timoteo) yo he puesto fin à mi carrera, yo he permanecido constante en la fé. Ya no me resta

(a) 2. ad Timoth. 1. v. 12.

ta sino aguardar la corona de justicia que me está guardada, la qual el Señor como justo Juez me ha de dar en aquel dia: *In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus Jdex.* (a) Así hablaba el Apostol de Jesu-Christo, y este mismo derecho tiene todo Christiano: pues el mismo Apostol reconocia, que esta corona de justicia no estaba reservada solamente para sí, sino generalmente y sin excepcion alguna para todos los que se emplean en servir à Dios: *Non solvna autem mihi, sed & iis qui diligunt adventum ejus.*

Porque ved aquí, amados oyentes míos, cómo debe discurrir cada uno de nosotros, aplicándose à sí mismo estas palabras: *Scio cui credidi*; y este es el importante mysterio de la Religión, sobre el qual debe fundarse nuestra conducta segun Dios. Yo no sé si llegaré jamás à ser tan feliz, que merezca el premio que Dios prepara à los que le aman; pero sé que le alcanzaré si le mereciere; sé, que en tanto le poseeré, en quanto le hubiere merecido; sé, que quanto hago y padezco por Dios, es un depósito sagrado que el mismo Dios me guarda, y del qual el mismo Dios sale por fiador, y que no ha de perderse entre sus manos; *Scio, cui credidi*; es decir, yo no estoy seguro de mí mismo; pero estoy seguro de aquel Dios por quien trabajo; estoy seguro de su bondad, estoy seguro de su fidelidad, estoy seguro de su poder: *Et certus sum, quia potens est.* Pues la seguridad que la Fé me dá de todos estos atributos de Dios, y del mismo Dios, es lo que me alienta y me anima. Esta es la que mantuvo el fervor y el zelo de los Bienaventurados que reynan al presente en el Cielo, y santificaron con sus virtudes la tierra. Tenian seguridad del Dios à quien servian, y de los bienes que de él aguardaban: no solamente esperaban en él, sino que sabian infaliblemente, que esperando en él no habian de quedar confundidos: *Scio cui credidi.*

Un hombre del mundo está muy lejos de poder decir
 Tom. I. Adviento. C lo

(a) Ibid. 4. v. 8.

lo mismo respecto del mundo y de sus premios. Porque fundado en el testimonio que él se dá à sí mismo de su modo de proceder, puede muchas veces decir todo al contrario gimiendo y llorando su destino: Yo sé que he hecho quanto debo con el mundo; pero no sé si el mundo hará caso de mí; no sé si reconocerá mis servicios, ni aún sé si estos le han sido gratos. Por lo que mira à los premios del mundo, puede decir sin presuncion: Yo estoy seguro de mí; pero no lo estoy de los dueños y repartidores de las gracias: no estoy seguro de que su disposicion por lo que mira à mí sea favorable; ni aún de que tenga equidad. Puede hablando del mundo decir en un sentido contradictoriamente opuesto al de San Pablo: *Scio, cui credidi*: Yo sé bien lo que es este mundo à quien infelizmente he seguido, y de quien con tanta obstinacion me he fiado: mas justamente por eso, despues de haberle servido tan largo tiempo, aún no tengo seguridad de nada; porque una triste experiencia, à mi despecho, me ha enseñado y convencido, que siendo el mundo lo que es, ni he podido, ni he debido fundar en él la mas leve esperanza. No tener à la vista cosa en que haya seguridad, ni en que se pueda afianzar la esperanza, es lo que affige à un mundano, lo que le consume, lo que le sirve de castigo y de tormento, por poco viva y ardiente que sea su ambicion. Pues esta es la primera diferencia entre los premios de Dios y los del mundo. Pero ahondemos mas en este pensamiento, y vengamos à lo mas particular de la materia; pues es cierto que jamás hubo pensamiento mas eficaz para hacernos adorar las misericordias de Dios, y para movernos à nosotros mismos al amor y ardiente deseo de la santidad.

Hay en el mundo meritos esteriles; quiero decir, meritos sin recompensa. ¿Y por qué? Porque hay en él, dice San Juan Chrysostomo, meritos que los hombres no conocen; meritos, que aunque son conocidos de los hombres, no les parecen bien: y hay meritos que los hombres aprecian, y aún hacen impresion en ellos, pero

no

no los premian porque no pueden. Estas tres causas hacen inciertos los premios del mundo; pero al mismo tiempo nos dan à conocer la seguridad y la infalibilidad del premio de los escogidos de Dios. Pido aquí vuestra atencion y que no perdais un punto de doctrina tan excelente.

Hay meritos que los hombres no conocen. En efecto, por solo este principio, ¿quántos merecimientos hay perdidos en el mundo? ¿quántos ignorados? ¿quántos sepultados en el olvido? ¿quántos deslucidos con el tiempo? ¿quántos deshechos por los malos oficios? ¿quántos atropellados entre el bullicio y la muchedumbre? No acabará si pasára adelante con esta induccion. Con Dios no tenemos que temer cosa semejante; sean de la suerte que fueren los merecimientos que adquirimos en sus ojos, Dios los conoce, los distingue, los discierne, los pesa con el peso del santuario; conserva siempre su memoria, jamás los pierde de vista.

Alumbrado de las luces vivas de su divino entendimiento, conoce los meritos de menos esplendor, no menos que los mas resplandecientes; las virtudes interiores y ocultas, no menos que las que mas se admiran y se pregonan. ¿Quántos Santos reynan en el Cielo, que jamás parecieron lo que eran; cuyas virtudes aunque consumadas, no resplandecieron mientras vivían en la tierra? ¿Qué consuelo para los humildes!

Como Dios escudriña los corazones, y penetra hasta lo mas hondo del merito, que es el corazon: este merito del corazon desconocido de los hombres le conoce Dios, y le conoce de lleno: y de eso nace que no solo aprecia nuestras acciones y nuestras obras, sino nuestras intenciones y deseos: no solamente lo que hacemos por él, lo que padecemos por él, lo que dexamos por él; sino aún lo que quisieramos hacer, lo que quisieramos padecer, lo que quisieramos dexar, solamente porque estamos dispuestos si lo tuvieramos à dexarlo por su amor. Y así (segun se explica la Escritura) oye, y por la misma regla premia hasta la preparacion de nuestros corazones: *Preparatio-*

C 2

nem

nem cordis eorum audivit auris tua. (a) Es decir, que basta para agradecerle haber querido agradecerle, y basta haberle agradado para ser colmados de sus bienes. ¿Cuántos predestinados hay en el Cielo, que no tuvieron delante de Dios mas merecimientos que la buena voluntad? ¿Qué consuelo para los que tienen pocas fuerzas!

Porque es un Dios de perspicacia infinita, sin que nada se pueda escapar de su conocimiento; las mas pequeñas, las mas baxas acciones nuestras, con tal que le tengan à él por motivo, tienen valor y estimacion en sus ojos. Un vaso de agua dado en su nombre merece una gloria especial, de que él mismo nos asegura. Los dos dineros de la viuda reciben de su boca un elogio igual al de las ofrendas magnificas que se hacian en el Templo. ¡Qué consuelo para los pobres.

Porque es justo suma y exáctamente, tiene un grado de bienaventuranza y de gloria destinado por cada grado de merecimiento y de santidad que adquirimos: y la proporcion de estos grados es la que hace respecto de los Santos que están en el Cielo no menos que respecto de los Angeles el admirable concierto de las Gerarquías celestiales. En el mundo no es el merecimiento mayor el que está mejor puesto. Muchas veces por el juicio falso de los hombres un merito ligero le atropella, y prevalece. Allá van iguales siempre el merito y la gloria; el merito y el premio. Es un Dios el que mide y arregla el uno con el otro; pero un Dios que no se puede engañar, que no puede ser preocupado, que no puede estimar sino lo que es esencialmente digno de estimacion, esto es, las obras santas y la piedad. ¡Qué consuelo para las almas de intencion recta, y fieles en cumplir con sus obligaciones!

Respecto del mundo no hay merito que no borre el tiempo. Todo quanto hacemos por Dios, desde el instante en que lo hacemos queda escrito en el libro de la vida; pero con caractéres que jamás se borrarán. No solamente

(a) Psal. 10. sec. Hebr. v. 17.

mente se olvidan los hombres, sino que muchas veces quieren olvidar los servicios que se les hacen; pero el mismo Dios nos declara que todos nuestros servicios están como sellados en los tesoros de su misericordia. *Nonne hæc condita sunt apud me, & signata in thesauris meis?* (a) Nos dice con términos expresos, que nuestros sacrificios están siempre delante de sus ojos: *Holococausta autem tua in conspectu meo sunt semper.* (b) Que nuestras oraciones y limosnas suben hasta el Trono de su Grandeza, y están siempre presentes en su memoria: *Orationes tue & elemosynæ ascenderunt in memoriam in conspectu Dei.* (c) Tiene como por honra suya el acordarse de ellas; y no puede olvidarlas si no se olvida de que es nuestro Dios, y de que somos sus criaturas. ¿Creemos todo esto, Christianos? Mas si no lo creemos, no conocemos al Señor à quien servimos: pero si lo creemos, ¿cómo somos tan tibios, cómo tan descuidados en servirle?

Añadid, para juzgar mejor de la felicidad de los Justos, lo que advertí como segundo principio de la desgracia de los mundanos y de la incertidumbre de sus premios. Que hay meritos, que aunque son conocidos de los hombres, no agradan. ¿Qué cosa hay en el mundo mas comun? ¿Y cómo à esta luz se pueden dexar de ver entre los hombres merecimientos infelices, merecimientos tratados con desprecio, y si puedo explicarme así, merecimientos reprobados, merecimientos que por oposicion de voluntades, ó por ser contrarios los intereses, en vez de grangear el aprecio y la benevolencia, excitan antes el odio y la emulacion? Esto es à lo que no están sujetos los que tratan de acaudalar merecimientos para con Dios. Como Dios aborrece necesariamente el pecado, sin que pueda dexar de aborrecerle, y aborreciéndole no puede dexar de reprobale: así por ser Dios, no puede dexar de querer el merito de las acciones christianas, y queriéndole no puede dexar de amarlas y de glorificarlas. Hay entre los es-

co-

(a) Deut. 32. v. 34. (b) Psal. 49. v. 8. (c) Act. 10. v. 4.

coigidos de Dios, dice San Juan Chrysostomo, diferentes especies de santidad; pero ni una sola hay que no sea de su gusto, que no sea objeto de las complacencias de Dios: porque ninguna hay que no dimane de aquella santidad original y exemplar, que es el mismo Dios: ninguna hay que no sea obra de Dios, y don de Dios. Tener merito, ó tenerle muy crecido es muchas veces en el mundo motivo de ser excluidos de los empleos y de los puestos que se tienen por premio en él. Quanto mas merece uno delante de Dios, tanto es mas amado. Pues ser amado de Dios, cuyo amor hace los bienaventurados, los predestinados, y los Santos, es estar premiados ya.

En fin, por justos, por reconocidos que sean los hombres; aún digo mas: por mas liberales, por mas magnificos que puedan ser, hay meritos que no premian, porque no pueden: meritos en que convienen, meritos que les hacen fuerza; pero que excediendo, ó por la calidad, ó por el número al de las mercedes que pueden distribuir, aún à su pesar se les convierten en meritos pesados, en meritos desagradables, y aún en meritos enfadosos. No los hay semejantes para con Vos, Dios mio: no corre para con Vos semejante riesgo. Como la magnificencia de Dios no tiene límites, porque es inseparable de su Omnipotencia, por mas que nuestros merecimientos crezcan y se multipliquen, no llega à apurarse jamás. Quantos mas merecimientos tenemos, dice San Juan Chrysostomo, mas tesoros de gracia y de gloria tiene que derramar sobre nosotros. Quanto mas nos debe (en el sentido Católico en que nos puede deber) tanto mas rico es para desempeñarse con nosotros: rico, dice el texto sagrado, para todos los que le invocan y le piden: *Dives in omnes, qui invocant illum*: (a) Pero aún mucho mas rico, añade San Bernardo, para todos los que fielmente le sirven. Como nunca le son molestas nuestras peticiones, tampoco le pueden ser gravosos los meritos que adquirimos con su gracia.

Es.

(a) Ad Rom. 10. v. 12.

Estamos pues seguros de él; y quando trabajamos por él con la esperanza de la gloria que gozan los Santos, por grandes pecadores que seamos, tenemos el consuelo de poder decir como San Pablo: *Spes autem non confundit*. (a) Esta esperanza no me confunde: las demás esperanzas son engañosas; esta no me engañará jamás. Muchas veces he podido arrepentirme de haber fiado demasiado en los hombres, ó de haber esperado demasiado de ellos: pero no tendré el atrevimiento de decir ni de quejarme, de que Dios me haya faltado jamás; y si fuera tan ingrato que lo pensara, se levantará à su favor contra mí, no solamente su justicia, pero aún su misma misericordia.

Estoy pues asegurado de mi Dios: principio digno de adoracion, de donde inferia David estas conseqüencias santas é instructivas, que todos los Christianos, especialmente los que viven en la Corte, debieran meditar todos los días de su vida: *Bonum est confidere in Domino, quam confidere in homine*. (b) Mas vale fiarse de Dios, que fiarse del hombre: *Bonum est sperare in Domino, quam sperare in Principibus*. Mas vale poner su esperanza en Dios, que ponerla en los Príncipes de la tierra. El que lo dixo era un Rey, y el Rey, en cuya presencia hablo, tiene tanta Religion, que no se excusará de firmar por sí mismo un testimonio tan divino. Estoy seguro del Dios à quien sirvo; principio eficaz, y que solo basta para hacer santa mi vida. Mi esperanza por parte de Dios no puede confundirme. De mi parte puedo por mi presuncion abusar de esta esperanza: puedo por mi floxedad hacer que esta esperanza me sea vana é inutil; pero por lo menos de parte de Dios es infalible para mí; y como yo me asegure de mí mismo, tengo derecho de prometerme de él quanto puedo y quanto cabe.

A vista de esto, Christianos, ¿tenemos excusa? ¿Pero qué digo? ¿No somos indignos de nuestro Dios, si tenemos la vileza de ser cortos en darle lo que nos pide, si tenemos exceder en lo que hacemos por su magestad, y si

no

(a) Rom. 5. v. 5. (b) Psalm. 117. v. 8.

no le servimos como à Dios? Yo no reprehendo (no lo permita Dios) antes bien no puedo bastantemente alabar y alentar el zelo que podeis tener, y tenéis de adquirir la gracia del glorioso Monarca à quien el Cielo nos ha sujetado, y à quien Dios nos ha dado por Señor. Lo que yo quisiera es que al servirle, vuestros servicios fuesen mas santos, y mas dignos del espíritu Christiano. El es de quien depende vuestro destino y vuestra fortuna segun el mundo. Vengo bien en que le sirvais por vuestro interés y por vuestra obligacion. Es imagen de Dios; y vuestra confianza despues de Dios no puede estar colocada mas noblemente que en él. Pero si con tanta ansia, si con tanto ardimiento solicitais unos premios que por tantas causas pueden faltaros, ¿cómo podeis llevar en paciencia este profundo y espantoso olvido en que vivís de aquel premio soberano que un Dios os asegura? ¿Y qué responderéis à Dios, quando en su juicio os dará en cara con un olvido tan monstruoso y delinquente? No obstante, este es vuestro desórden; y si no le llorais, tendré razon de poner aquí la terrible maldicion de Jeremias: *Maledictus homo, qui confidit in homine, & ponit carnem brachium suum.* (a) Maldito el que pone su confianza en el hombre, y estriva sobre un brazo de carne; pero con mas razon maldito el que por haber puesto toda su confianza en el hombre, no puede determinarse à ponerla en Dios. Aún mas claramente lo vereis en la segunda propiedad del premio de los Santos, que no solamente es indefectible y seguro, sino cumplido y abundante: *Ecce merces vestra copiosa est.* Esta es la materia del segundo punto.

II. PARTE.

Para daros à entender mi pensamiento, llamo premio abundante aquel que excede, ó iguala por lo menos los servicios con que uno le ha merecido, ó ha procurado me-

(a) Jerem. 17. v. 5.

merecerle. Esta es la primera idea que S. Geronymo nos dá de él, quando aplica à los Bienaventurados lo que el Hijo de Dios prometia à los Justos para enervorizarlos con motivo de la esperanza Christiana: *Mensuram bonam, & confertam, & coagitatam, & superfluentem dabunt in sinum vestrum.* (a) Habeis de recibir en vuestro seno una buena medida, llena, cumplida, colmada. En efecto, esta promesa del Salvador tiene à la letra su cumplimiento en la persona de los Santos, ó por mejor decir en el estado de los Santos que poseen la gloria. Pero tomando la materia en un sentido aún mas moral, y de consiguiente mas eficaz para hacer que entendais la verdad que os predico, llamo premio cumplido y abundante al que por sí solo puede satisfacer al corazon del hombre; que por sí mismo puede llenar el vacío, ó por mejor decir, la inmensa capacidad de los deseos del hombre; que puede hacer al hombre feliz; y tal en fin, que con él solo puede quedar el hombre contento. Así lo concibió San Agustin en la exposicion que hizo de las bienaventuranzas del Evangelio. En uno pues y otro sentido, solo el Hijo de Dios pudo decirnos con razon lo que hoy nos dice: *Ecce merces vestra copiosa est.* ¿Por qué? Porque él solo podia dar à los hombres un premio que tuviese estas dos propiedades que os he señalado: ó si os parece, porque solo el premio de los escogidos de Dios puede tener estas dos propiedades, de ser premio cumplido y abundante.

Porque ¿no es verdad (empiezo por la primera de estas dos calidades; y sin valerme de otra prueba apelo à vuestro conocimiento; escuchadme y consultad con vosotros mismos) ¿no es verdad, que el que se ocupa en servir al mundo se ha de resolver à trabajar mucho por ganar poco? Y por el contrario ¿no es evidente y sin disputa, que quando se trabaja por Dios, por corto que sea el trabajo es excesiva la ganancia? Valgamonos de

Tom. I. Adviento.

D

es-

(a) Luc. 6. v. 38.

este paralelo, y sirvámonos de él para tomar el gusto à las verdades de nuestra Fé.

¿Qué no hacemos todos los dias en el mundo por conseguir en él unas gracias que el mundo tiene costumbre de vender muy caras? ¿Unas gracias que se desean con ansia, y se aguardan con impaciencia? Pero apenas se logran, quando se cae en la cuenta de que no valen con mucho lo que han costado. ¿Qué trabajos, qué fatigas no se sufren por llegar en el mundo à una fortuna, en que se imaginaron ventajas considerables; pero apenas se consigue, quando entra el desengaño y el disgusto? ¿A qué no se expone uno, y qué no arriesga, sin reservar la propia vida, por adquirir en el mundo una gloria que no es mas que un fantasma, y que lo mismo es gozarla, que reconocer su vanidad y su nada? ¿Qué ansias no se tienen, con qué inquietudes no se vive por procurar con las Potencias del mundo un grado de favor, que las mas veces no sirve para nada, y por él se sacrifica el descanso y la libertad? ¿A cuántos mundanos dentro de la Christiandad se les pudiera decir lo que Dios por un Profeta decia à los Israelitas, haciéndoles considerar las tristes consecuencias de su infidelidad? *Seminastis multum, & intulistis parum.* (a) Mucho habeis sembrado, y poco habeis cogido; es decir, os habeis atormentado mucho, habeis hecho grandes esfuerzos, os ha costado hartas vilezas; y todo esto ha venido à parar en una fortuna vana y miserable, que no ha correspondido à vuestras esperanzas, y se ha quedado muy inferior à vuestras pretensiones. ¿Por qué? Porque al trabajar por el mundo habeis sembrado en una tierra mal agradecida, de la qual no debiais aguardar, ni ella os podia rendir sino un fruto muy escaso: *Seminastis multum, & intulistis parum.* Fuera necesario emplear todo un discurso si quisiera alargarme en esta doctrina, à la qual por ventura estais muy persuadidos; y puede ser que por el abuso que

(a) Agg. 1. v. 6.

hagais de ella, os sirva para apadrinar vuestros sentimientos contra el mundo, y las quejas que teneis de él las mas veces harto injustas. Vuelvo pues à mi comparación.

Los Santos, los escogidos de Dios tuvieron una suerte muy diversa. Trabajando por Dios tuvieron que padecer, bien lo sé, y debo decir que su vida sobre la tierra fue de austeridad, de penitencia, de mortificación; pero en medio de sus austeridades, de sus penitencias, y de sus mortificaciones, tuvieron la ventaja de poder decir no menos que el grande Apostol: *Non sunt condigne passionibus hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis.* (a) Nosotros padecemos, es verdad; pero además que padecemos por la justicia, y que esto pudiera desde ahora servirnos de recompensa; además que padecemos por Dios, y que esto solo nos es ya una gloria anticipada: en lo que padecemos no hay nada que se pueda comparar con aquella gran gloria que Dios nos tiene prevenida; y nuestra mayor esperanza está en que el menor grado de esta gloria que aguardamos nos recompensará cumplidamente y con usuras los menores trabajos y penalidades que hay en el camino del Cielo.

En esto consistió la dicha de los Santos. Dice la Escritura que caminaban, y que con el espíritu de una compuncion saludable derramaban lagrimas, arrojando à la tierra la preciosa semilla de sus merecimientos: *Euntes ibant, & flebant, mittentes semina sua.* (b) Pero se consolaban con el pensamiento de que habian de volver dentro de breve tiempo triunfantes y llenos de gozo, llevando consigo la copiosa cosecha que habian cogido; es decir, llevando consigo tesoros inmensos de gracia y gloria que habian de ser la paga de los leves sacrificios que ofrecian à la Magestad de Dios: *Venientes autem venient cum exultatione portantes manipulos suos.* Poseian sus almas en paciencia fundadas en la esperanza que tenian de oír muy presto estas deliciosas palabras: *Quia super paucis fuis-*

(a) Ad Rom. 8. v. 18. (b) Psal. 125. v. 6.

fuisti fidelis super multa te constituam. (a) Porque habeis sido fieles en cosas pequeñas, yo las haré grandes por vosotros. Nada perdonaré para hacer grande vuestra dicha: *Intra in gaudium Domini tui.* Entrad en el gozo de vuestro Dios, porque este gozo es muy grande para entrar dentro de vosotros. Tal es, amados oyentes míos, el fondo del misterio que celebramos, y esto nos debe inspirar la vista de los Santos y de su gloria. Yo sirvo á un Dios, no solamente fiel en cumplir lo que promete, sino magnífico en lo que premia: á un Dios que premia como Dios, y que sin aguardar á la vida eterna que me promete, me concede desde luego un ciento mas de lo que hago por él en el consuelo que me dá el hacerlo, y haberlo hecho. Y este es otro título de donde yo saco una segunda idea de un premio cumplido y abundante.

He dicho con San Agustín, que este premio abundante es el que por sí solo basta para contentar al hombre; y he añadido, que esta propiedad no podia convenir ni convenia sino al premio de los Santos. ¿Esta verdad necesita de prueba? ¿Ha habido jamás alguna mas capaz de forzarnos á pesar de nosotros mismos á buscar el Reyno de Dios? Es verdad que se ven en el mundo hombres, que segun el mundo parece que están premiados largamente. Se ven tambien hombres, cuyos premios pasan muy allá de sus servicios y de sus merecimientos. ¿Pero se ven hombres contentos? ¿Los veis vosotros? ¿Los habeis visto? ¿Esperais verlos jamás? Pues si no están contentos, de qué les sirven sus premios imaginados? Reboen en bienes y honras, vengo en ello; parece que el mundo se ha apurado para elevarlos á una felicidad cumplida. Mas con todo eso ¿está su corazon satisfecho? ¿No desean mas? ¿Se tienen por felices? Y en su prosperidad misma, en esa buena fortuna aparente ¿hallan la felicidad con efecto? ¿No sucede por el contrario, dice San Chrysostomo, que en esa suerte de estados es cosa rara, ó por mejor decir imposi-

(a) Matth. 25. v. 21. *Et si in parvis fidelis fueris in multis etiam fidelis eris.*

sible el hallarla? ¿No son las mayores fortunas, donde se hallan las mayores pesadumbres? ¿Y quién podrá decir el número de los que no llegaron á ellas sino para ser mas infelices, y para sentir mas vivamente? Pues el mundo nada dexó de hacer para contentar su ambicion, y para colmarlos de sus favores: pero al mismo tiempo no dexó de mezclar entre sus favores aquella semilla de amargura inseparable de ellos, y que habia de producir en breve frutos de dolor. El mundo haciéndolos poderosos y opulentos les habia dado quanto estaba dentro de su jurisdiccion; mas no pudo darles aquella hartura, ni aquella paz de corazon, sin la qual ni el poder ni la opulencia impedian que no fuese desconsolada su suerte. Por mas felices que pareciesen ¿cuántas cosas les faltaban para serlo? Me direis que de eso no debian quejarse, sino de sí mismos, pues solo eran infelices, porque eran insaciables. Yo respondo; ¿pero por qué á pesar de los favores de que el mundo les colmaba, estaban aún insaciables, sino porque, como añade San Chrysostomo, es una verdad reconocida, constante, eterna, que jamás los favores del mundo por mas copiosos que los imaginemos podrán hartar el corazon humano?

Pero sea de eso lo que fuere, de ahí sacó por consecuencia la perfeccion y la excelencia del premio de los escogidos de Dios. Porque es tambien de fé, que este premio solo llenará toda la capacidad, y aún toda la inmensidad de nuestro corazon. Es de fé que hallaremos en él el cumplimiento de todos nuestros deseos. Es de fé que será para nosotros una gloria consumada, á la qual no la ha de faltar nada, y nos ha de servir de un todo. En una palabra, es de fé que hemos de quedar contentos con este premio por mas insaciables que seamos: *Satisfactor cum apparuerit gloria tua*, (a) le decía á Dios aquel hombre á medida de su corazon. Quedaré harto quando me manifestáreis vuestra gloria: como si dixera: hasta

(a) Psal. 16. v. 15.

entonces, Señor, por mas que el mundo haga por mí, siempre estaré con hambre, siempre sediento; hasta allá, cansado de lo que soy, aspiraré siempre à ser lo que no soy: hasta allá mi corazón lleno de vanos deseos, y vacío de bienes sólidos, vivirá en continua inquietud y movimiento: mas quando me hicieréis participante de vuestra gloria, mi corazón satisfecho empezará ya à serenarse. No sentiré aquella sed ardiente de la codicia que me abrasaba; no tendré aquella hambre excesiva de una secreta ambicion que me consumia. Cesarán todos mis deseos, porque hallaré en vuestra gloria el lleno de la felicidad, el lleno de la quietud, el lleno del gozo; porque esta gloria será para mí, en llegando à poseerla, una libertad de todos los males, una posesion de todos los bienes.

Así hablaba David: ¿Y hablaba así por encarecimiento, ó arrebatado de algun extasis? No, Christianos: hablaba conforme à aquel primer sentimiento que nacia en su alma; y no hay que espantarse, si movido de la verdad que os anuncio, se valia de una expresion de tanta fuerza como ésta: *Satiabor*. Porque sabia que esta gloria y este premio de los escogidos porque aspiraba, no era otra cosa sino el mismo Dios. Porque tambien nos enseña la fé, que es el mismo Dios el que ha de ser nuestro premio: *Ego... merces tua magna nimis*. (a) Si, yo mismo, le dice Dios à su siervo Abraham, yo mismo que soy tu Señor, y tu Dueño, he de ser tu premio y tu bienaventuranza. Nada pudiera serlo fuera de mí; y toda mi gloria sin mí no te bastará. Todo yo soy necesario para hacerte feliz, y por eso no te prometo otro premio sino à mí mismo; yo soy à quien has de poseer: *Ego merces tua*. Pues facil es concebir como la posesion de un Dios puede obrar en el hombre aquel efecto divino que se esforzaba David à explicar con aquella palabra: *Satiabor*; porque aquí está, amados oyentes míos, todo el secreto de aque-

(a) Genes. 15. v. 1.

Ha incomprendible felicidad que los Santos han de gozar en el Cielo. Han de poseer à Dios, han de estar llenos de Dios: *Inebriantur ab ubertate domus tue*. (a) Se embriagarán, mi Dios, con la abundancia de vuestra casa. *Et torrente voluptatis tuæ potabis eos*. Darán cumplida satisfaccion à su sed en aquel raudal de delicias que los inundará. ¿Por qué? El mismo dá la razon convincente: *Quoniam apud te est fons vite*. Porque en Vos está, Señor, la fuente de la vida. Ved ahí, digo yo ahora Christianos, qual ha de ser vuestro premio; ved lo que creemos, y lo que esperamos en medio de las miserias que en este valle de lágrimas nos consumen. Mas por ventura como somos carnales, no entendemos esto sino à medias: y por ventura vosotros con quienes hablo habreis menester que vuestra fé sobre este punto se apoye y se fortalezca con algun efecto presente y sensible. Está bien; como Predicador del Evangelio quiero condescender con vuestra debil disposicion.

¿Pedirme un modo sensible de hacer ahora juicio de lo que nos enseña la fé en orden à lo que acabo de decir? Vedle aquí: este modo es, que no solo se cumplirá todo lo que he dicho, sino que de algun modo se cumple desde ahora en la persona de los Justos: *Ecce merces vestra copiosa*. Yo me explicaré. Lo que nos hace sensiblemente conocer que los escogidos de Dios hallarán hartura en la posesion de Dios, es que vemos en efecto desde esta vida unos hombres, que renunciando con espíritu de Religion à todo lo demás, ponen su felicidad en no poseer sino à Dios, y en no unirse sino con Dios. Sin hablar de los Santos glorificados, vemos en la tierra Santos que gozan ya en algun modo de esta dicha: *Sanctis qui sunt in terra ejus*. (b) Haya pocos (si así os parece) en este grado de perfeccion; pero los hay, y por ventura conocéis algunos que han dexado à él. Hombres desahogados del mundo, que lo han dexado todo por Dios, y que en Dios lo

(a) Psalm. 35. v. 9. (b) Psalm. 134. v. 1.

hallan todo: hombres que contentos con Dios dicen como David: *Quid mihi est in caelo, & à te quid volui super terram?* (a) ¿Qué es lo que tengo en el Cielo, [y qué he pretendido en la tierra sino à Vos? O por mejor decir, aún pasando mas allá que David, podrán decir no solamente como él: *Satiabor*, yo quedaré satisfecho sino lo estoy desde ahora con sola la salva que me dais à gustar de vuestra gloria. Si, Christianos, nosotros mismos vemos los exemplos de algunos; y Dios, ó por edificarnos, ó por confundirnos, nos los pone delante de los ojos.

Esto es à pesar de la malicia del siglo lo que obra la gracia de Jesu-Christo en los Christianos fervorosos que santifican la tierra con sus virtudes: *Sanctis qui sunt in terra ejus*. No vemos que los mundanos vivan contentos del mundo; y vemos hombres y mugeres que sirven à Dios contentos con el Dios à cuyo servicio se han dedicado. ¿Era necesario mas para despertar todas nuestras ansias? No vemos ricos contentos con sus riquezas; y vemos pobres Evangelicos contentos con su pobreza. No vemos ambiciosos contentos con su fortuna; y vemos hombres de una humildad sólida contentos con su desprecio. No vemos sensuales contentos con sus deleytes, y vemos hombres, no solamente muertos, sino crucificados con el mundo, contentos con sus mortificaciones y con sus cruces. En una palabra, vemos autentica y sensiblemente verificadas estas bienaventuranzas de Jesu-Christo, tan paradoxas y tan increíbles en la apariencia; quiero decir, vemos hombres que poniendo en Dios la vista, y teniendo un zelo ardiente de agradarle, se tienen por dichosos en padecer, en llorar, y en no poseer nada, porque en medio de todo esto poseen à Dios; quando el mundo con todas sus prosperidades y todas sus alegrías falsas no puede ser feliz, ni estar contento. ¿Hay que replicar contra la evidencia de esta demostracion?

Ved aquí la suerte ventajosa de los que buscan à Dios con

(a) Psalm. 72. v. 25.

con buena fé, y con pura intencion: tener à Dios por su parte y por su premio. ¿Lo he de decir, y me habeis de dar licencia de testificar lo que en mí mismo siento? Pues mirad lo que la gracia de Dios me ha hecho sentir más de una vez, por mas pecador y mas indigno que soy. ¿Cuántas veces, Señor, me ha acontecido gustar con dulzura la abundancia de aquellos consuelos celestiales de que Vos sois la fuente, y que son, aún en la tierra, una gloria anticipada? ¿Cuántas veces lleno de Vos he despreciado todo lo demás, y he estimado en nada al mundo? Vos desterrabais de mi corazón todos los placeres vanos; mas por hacer que mi corazón no los echase menos, entrabais en él en lugar de ellos: *Et intrabas pro eis* (a), desde entonces me era más gustosa su privación, que hubiera sido jamás, ni hubiera podido ser el poseerlos. Pues si en este lugar de destierro, donde no os veo sino por entré el velo obscuro de la fé, llenais ya mi corazón; ¿qué será en aquella feliz Patria en que cara à cara os he de ver? *Quid erit in Patria, si tanta est copia delectationis in via?* Si en fuerza de la profesion que hice quando dexé el mundo por seguirlos, me tengo por tan rico con vuestra pobreza; ¿qué será, y qué debo esperar de las riquezas de vuestra santa habitacion? *Qualem me facturus es de divitiis tuis, qui divitem jam facis de paupertate tua?* Si padecer por Vos es bien tan grande, ¿qué será reynar con vos? ¿Y qué será al participar de vuestra gloria, pues tanta gloria y tanta dulzura hallo en tener parte en vuestros desprecios? *Et quid ero tuae participatione gloriæ, cujus jam sum opprobrio gloriosus?* Premio abundante no menos que seguro. Bien lo habeis visto. Digo tambien que es premio eterno el que nos está guardado en el Cielo: *Ecce merces vestra copiosa est in Cælis*. Con esto voy à concluir.

III. PARTE.

Segun el pensamiento de San Pablo, y lo que practica Tom. I. Adviento. E ca.

(a) Aug. Confess. lib. 9. c. 17.

cañon los Santos, somos llamados á pelear como los Athletas, y á correr á exemplo de ellos por la carrera de la salvacion que tenemos descubierta, hasta que consigamos el premio: *Sic currite, ut comprehendatis* (a). Los Athletas (decia este grande Apostol) para estar mas libres en la carrera, y menos embarazados en el combate, se desnudan de todo, y nos enseñan con eso que debemos como Christianos desasirnos de todas las cosas de la tierra: *Omnis autem qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet* (b). La diferencia de ellos á nosotros, añadia el Apostol, está en que los Athletas practican esto, y observan las reglas rigurosas que se les prescriben, por ganar una corona corruptible, Diferencia muy esencial, y capaz de confundirnos, si no lo imitamos: *Et illi quidem, ut corruptibilem coronam accipiant: nos autem incorruptam* (c). Ved aquí, amados oyentes míos, el tercero y último motivo que inspiró á los Santos, no solo una fortaleza y valor tan grande, sino un desasimiento perfecto del mundo en los combates que tuvieron que sufrir: esta inmortalidad, esta eternidad, y si me es lícito usar de este término, esta incorruptibilidad de la corona que les aguardaba en el Cielo, comparada con lo caduco, con lo fragil, con lo poco durable de los premios de la tierra.

Por no salir pues de un paralelo tan fecundo, y de que se valió el Apostol con utilidad tan grande, todos los premios de la tierra son perecederos, y como tales no solamente perecerán, sino perecen, y se desaparecen continuamente á nuestra vista. ¿Cuántos hemos visto perecer vosotros y yo? ¿De cuántas fortunas erigidas y edificadas sobre estos premios imaginarios no estamos viendo el dia de hoy las tristes ruinas, y los lamentables destrozos? ¿Cuántas veces habiendo sido testigos de las mudanzas del mundo, habeis podido decir con el Profeta: Yo ví aquel hombre elevado como los Cedros del Libano, pasé adelante, y ya no tenia sér: *Transiit, & ecce non erat* (d)? Le busqué,

(a) 1. Cor. 9. v. 24. (b) Ibid. v. 25. (c) Ibid. (d) Ps. 36. v. 36.

qué, y estaba otro en su lugar: *Quasi vici eum, & non est inventus locus ejus*. ¿Cuántos exemplos de esto tenemos todos los dias? Entre los que nos parecen ahora los mas bien puestos, y como los escogidos del siglo, ¿dónde está quien pueda prometerse una suerte mas feliz, y una prosperidad mas durable? ¿Y quién sabe si aquel que parece que está en lo mas alto, no está mas vicino á caer del grado de felicidad y elevacion en que se halla, y á confirmar con su caída, que el mundo no tiene cosa estable, y mucho menos eterna para los que le sirven? Sin esperar pues á que llegue la muerte, ¿á cuántos rebeses y desgracias no están sujetos estos favores del mundo?

Pues esto solo, Christianos, bastaba para apartaros de él por mas que lo resistais, y obligaros á buscar eficazmente el premio de los escogidos de Dios. La inestabilidad de las fortunas del mundo, la fatiga de conservarlas, el peligro y miedo de perderlas, la desesperacion y el dolor de verse privados de ellas, las turbaciones y mudanzas inevitables á que están expuestos los que las poseen; esto, digo, que bastaba para persuadir á un mundano, por metido que esté en el mundo, á que busque bienes de mas solidez.

En efecto, si los hombres hicieran estas reflexiones con frecuencia, no tuvieran necesidad de persuasiones, ni aún absolutamente del remedio de la palabra de Dios para curarse del veneno de la ambicion del mundo, que les quita la vida. Convencidos por sí mismos en este punto de su error y de su modo necio de proceder, se dixeran á sí mismos mucho mas que yo les diré jamás. Si los mas ansiosos de los premios del siglo hubieran podido preveer lo que habia de sucederles, y con qué brevedad se habian de trastornar estas fortunas que miraban como premio de sus trabajos: si se les hubiera podido señalar claramente el término de ellas, diciéndoles: Vosotros no habeis de gozar de esto, y todo ello no ha de durar sino un muy corto número de años, que es el que os queda; no, amados oyentes míos, jamás el deseo de elevarse en este mundo les hubiera sido una pasion, ni una tentacion tan peligrosa.

Aún digo mas: jamás hubieran podido recahar de sí mismos el hacer todo lo que han hecho, ni tomar tanto trabajo por cosa tan vil. Lloremos su ceguedad, y aprovechemonos de ella. No se entregaron á la ambicion, sino porque no miraron jamás con una atencion sería los estrechos límites de estas imaginadas fortunas: no buscaron con tanto ardimiento los premios de la tierra, sino porque no quisieron acordarse que su duracion era corta, porque procuraron olvidarse de esa brevedad; porque voluntariamente divirtieron á otras cosas su entendimiento para no pensar en ella. Si hubieran considerado continuamente su paradero y su fin, fueran insensibles para esos premios, por lo menos no hubieran usado de ellos sino conforme á la máxima de San Pablo; quiero decir, como quien de ellos no usa; porque siempre les diera golpe el pensamiento de que el mundo pasa, y las concupiscencias del mundo pasan con él. *Mundus transit, & concupiscentia ejus* (a).

Solo el premio de los Justos no acaba, porque los Justos, dice la Escritura, vivirán eternamente, y su premio está en Dios, que es incapaz de mudarse: *Iusti autem in perpetuum vivent, & apud Dominum est merces eorum* (b). Solo este premio de los escogidos de Dios es inmutable, inalterable, invariable; porque consiste, dice Jesu-Christo, en la dicha que tienen de ver á Dios, de amar á Dios, de poseer á Dios. Pues eternamente le verán, eternamente le amarán, eternamente le poseerán. Como el tormento de los condenados ha de ser estar privados de Dios para siempre, y tener que sentir la pérdida de Dios eternamente: la bienaventuranza de los Santos ha de ser no poder jamás perder á Dios, no poder jamás estar apartados de Dios, estar unidos para siempre con Dios: *Ecce merces Sanctorum* (c). Vedlo, y la Iglesia misma le canta así. Ved aquí el premio de los que se entregan á Dios y le sirven. Un Reyno les es-

(a) 1. Joan. 2. v. 17. (b) Sap. 5. v. 16. (c) Offic. Div. antip. 3. in octav. 3. plur. Martyr. n. *domus sua est habitaculum*

tá prevenido; pero un Reyno no eterno, en el qual no hay sucesiones, ni mudanzas: una corona les espera; pero una corona que tiene la perpetuidad por privilegio incommunicable á todas las coronas de la tierra. Han de reynar; mas su reyno, como el de Dios, ha de ser el reyno de todos los siglos, eternidad de soberanía: *Ecce merces Sanctorum*: Este es el premio de los que padecen, y se mortifican por Dios; serán colmados de gozo; mas de un gozo que no tendrá fin; de un gozo que no habrá cosa que le inquiete, ni le interrumpa; de un gozo que durará tanto como Dios, y que no habrá quien se le quite, ni se le pueda quitar; eternidad de dicha: *Ecce merces Sanctorum*: Ved aquí el premio de los humildes, y de los que renunciándose á sí mismos llegan con su humildad á ser grandes delante de Dios: tendrán por su particion la gloria; pero una gloria que no se disminuirá, no se deslustrará, siempre será nueva, y cuya dilatada duracion no hará sino aumentar su resplandor y su lustre: eternidad de gloria.

¿Queréis ver un rayo de ella? *Ecce merces Sanctorum*: Pues sin hablar de la gloria esencial de que gozan los Santos en el Cielo, poned los ojos en la honra que desde ahora reciben en la tierra. Mirad el culto que les dá la Iglesia, que en algun sentido puede llamarse un culto eterno. Hasta el fin de los siglos se celebrarán en la Iglesia de Dios las victorias y los triunfos de estos gloriosos predestinados. Hasta el fin de los siglos los canonizará la Iglesia de Dios publicando sus méritos, sus conversiones, sus virtudes, sus fervores, sus asperezas. A este fin se instituyeron sus fiestas, y cada año se renueva solemnemente la memoria de lo que hicieron por Dios, para que nunca se pierda, sino que de siglo en siglo, de generacion en generacion, estos Santos y escogidos de Dios sean venerados. Mientras durare la Iglesia de Jesu Christo (que permanecerá siempre, supuesto que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella) este culto y esta honra de los Santos ha de durar. Esto es lo que llamo yo un rayo de la eternidad de su gloria, y como una anticipacion de la eternidad de su premio. La gloria de los mun-

danos muere poco á poco, y se sepulta con ellos. Mientras dura hacen algun ruido; y mas como su tiempo es muy limitado, su memoria, dice la Escritura, perece al fin con este ruido: *Periit memoria eorum cum sonitu* (a). ¿De cuántos Grandes, que en otro tiempo fueron los heroes del mundo, ni se habla, ni se piensa? Su gloria, como era solo para el tiempo, se desvaneció como el humo: la de los Santos no perecerá jamás: *In memoria æterna erit justus* (b). Eternamente, mi Dios, serán honrados vuestros amigos; porque habiendo sido amigos vuestros, y no pudiendo dexar de serlo, tampoco dexarán de ser dignos de las honras que los tributamos, ni de merecer muchas mas de las que les podemos hacer: *Nimis honorificati sunt amici tui Deus* (c).

¿Precioso premio! ¿Podemos apreciarle bastantemente? ¿No nos debe llenar de consuelo, si somos Christianos de espíritu y de corazón, pensar que este premio nos está guardado en el Cielo? *Ecce merces vestra copiosa est in Cælis*. Porque infelices de nosotros, si nuestro premio fuera solamente para este mundo, y si fuéramos del número de aquellos de los cuales decía Jesu Christo en el Evangelio: Han recibido su galardón: *Receperunt mercedem suam* (d). Infelices de nosotros, si nuestros nombres en lugar de estar escritos en el Cielo no estuvieran escritos sino en la tierra; pues segun el Oráculo del Espíritu Santo, estar escritos en la tierra es un carácter de maldicion: *Domine, omnes qui te derelinquunt, confundentur; recedentes à te, in terra scribentur* (e). Señor, los que os abandonan serán confundidos, serán escritos en la tierra los que se apartan de Vos. Al contrario, aunque seamos los mas infelices del mundo, y los mas desgraciados de los hombres, si estamos en gracia de Dios, regocijémonos, porque nuestros nombres están escritos en el Cielo; y acordémonos que una de las señales mas ciertas que podemos tener de esto

es

(a) Psal. 9. v. 8. (b) Psal. 111. v. 7. (c) Psal. 138. v. 17.
(d) Matth. 6. v. 2. (e) Jerem. 17. v. 13.

es la de pasar en el mundo por la prueba de aflicciones y de tribulaciones: *Gaudete, quod nomina vestra scripta sunt in Cælis* (a). En qualquier apretura en que nos veamos de dolores y penas, consolémonos con lo que se consolaba San Pablo, y apliquémonos aquel sentimiento de que él estaba penetrado quando decía: *Momentaneum hoc, & leve tribulationis nostræ æternam gloriæ pondus operatur in nobis*. Este momento tan breve de las adversidades de esta vida, que son tan ligeras; quiero decir, esta enfermedad que Dios me envia, esta injusticia que padezco, este mal oficio que me hacen, esta persecucion que se levanta contra mí, esta pérdida de los bienes que la desgracia de los tiempos me causa, esta humillacion que me es preciso pasar; porque qualquiera consecuencia que tenga todo esto, no se reputa (segun la idea de San Pablo) sino como un momento breve y fácil de pasar: *Momentaneum hoc, & leve*. Todas estas aflicciones temporales producirán en mí el peso eterno de una gloria soberana: *Æternam gloriæ pondus operatur in nobis*. ¿Deseais un motivo eficaz y convincente para animaros á la paciencia christiana? No he podido proponeros otro que tuviese todas estas calidades en grado mas eminente que éste. Quiero decir, la eternidad de la gloria que han de tener los escogidos por premio.

Por ella triunfaron los Santos del mundo; por ella estuvieron firmes, y fueron invencibles en los combates; por ella, dice el Doctor de las Gentes, vencieron los tormentos, el fuego, el hierro, y quanto tiene la muerte de mas horroroso y cruel. Ella los sustenta aún todos los dias en las pruebas rigurosas que hace Dios de su constancia y de su fidelidad. Todo lo padecen, dice la Escritura, no solo con paciencia, sino con gozo, porque su esperanza está llena de la inmortalidad que se les ha prometido: *Spes illorum immortalitate plena est* (b). ¿Por qué no los imita-

mos?

(a) Luc. 10. v. 20. (b) Sap. 3. v. 4.

mos? Tenemos combates tan fuertes que sufrir como ellos? Hemos resistido como ellos hasta derramar la sangre? Por qué somos tan cobardes? Por qué degenerando de la virtud de estos gloriosos predestinados, que son hoy modelo de nuestra vida, mostramos flaqueza tan grande en las ocasiones, en que á su exemplo deberíamos alcanzar tantas victorias de nosotros mismos? La razon es; porque no miramos como ellos esta inmortalidad á que aspiraban, y cuya esperanza los incitaba, los alentaba, les hacia atropellar todos los estorbos.

¡Triste y desgraciada diferencia la que hay entre ellos y nosotros! Hagamosla cesar: y para esto juntando con lo que á ellos les movió su exemplo que la Iglesia nos propone, fortalezcamos como ellos, y santifiquemonos con la esperanza de los bienes eternos. De otra suerte, amados oyentes míos, en vano celebramos con la Iglesia las Fiestas de los Santos; en vano los invocamos, fiando en lo que pueden con Dios. La suma de la Religion, dice San Agustin, es que executemos lo que celebramos, y que hagamos del objeto de nuestro culto la regla de nuestra vida: *Summa Religionis est imitari quod colimus*. La vista de la gloria del Cielo les hizo que se desasiesen de la tierra: pues es necesario que haga en nosotros el mismo efecto. La fé de la inmortalidad los conduxo á la santidad; es necesario que lleguemos á ella por el mismo camino: Y esto es (felicis predestinados, vosotros todos, cuya gloriosa memoria veneramos en este dia) lo que os pedimos y suplicamos que pidais á Dios por nosotros. Vosotros habeis sido lo que somos, y nosotros esperamos ser algun dia lo que sois; vosotros habeis experimentado nuestras miserias, nosotros suspiramos por vuestra bienaventuranza. Aunque pecadores, somos hermanos vuestros. Aunque apartados de vosotros, estamos unidos con vosotros con el lázo de la mas estrecha y la mas íntima union, que es la comunión de los Santos. Aunque moradores de la tierra, no dexamos de ser por la calidad de fieles vuestros conciudadanos, y domésticos de Dios: *Civis Sanc-*

Sanctorum, & domestici Dei (a). Aunque pobres, y llorando en este valle de lágrimas, no tenemos menos pretension que ser como hijos de Dios coherederos vuestros, y de Jesu-Christo: *Heredes quidem Dei, coheredes autem Christi* (b). Miradnos, pues, como revestidos de todos estos títulos, y por consiguiente, como objetos dignos de vuestra caridad: miradnos como á los que deben llenar con vosotros el número de los escogidos, y cuya santificación es lo que solamente os queda que desear. Escuchad favorablemente nuestros ruegos, y presentadlos á aquel á cuyo trono asistis, pues se complace en oiros. Recibid nuestros cultos y nuestros votos, y estended sobre nosotros vuestra proteccion y vuestro zelo. Sed patronos é intercesores nuestros, como nosotros queremos ser vuestros imitadores. Gozad de vuestra dicha, pero acordaos de nuestra miseria. Sí, Christianos; se acuerdan de ella, en ella piensan. Tan ansiosos están de nuestro bien, como quietos en lo que les toca á ellos. Tanto como están seguros de su propia felicidad, tanto parece, y muestran estar solícitos de nuestra salvacion, dice San Cypriano: *Frequens nos, & copiosa turba desiderat, jam de sua immortalitate secura, & adhuc de nostra salute sollicita* (c). Fiemos de su proteccion y su intercesion; y pensemos en seguir sus exemplos, que de otra suerte serán nuestra condenacion. Imaginemos que cada uno de ellos nos dice hoy desde la cumbre de la gloria lo que San Pablo decia á los Corintios: *Imitatores mei stote, sicut & ego Christi* (d). Sed imitadores míos, como yo lo fui de Jesu-Christo. En una palabra, vivamos como ellos, peleemos como ellos, padezcamos como ellos, si queremos reynar con ellos, y ser participantes de su gloria.

Esta es, Señor, la gloria que está reservada para vuestra Magestad, y la que ha de ser el colmo de toda su felicidad. Todo lo demás, aunque grande, aunque asombroso.

Tom. I. Adviento. F. 11. v. 10.

(a) Eph. 2. v. 19. (b) Rom. 8. v. 17. (c) Cyprian. de Mortalitate sub finem. (d) 1. Cor. 11. v. 1.

so, aunque superior á todas las alabanzas; no iguala el destino de V. M. Es necesario que la corona de ella sea la santidad, y una santidad glorificada en el Cielo. No puedo incurrir en sospechas de lisonjero, aunque diga que jamás hubo Monarca que supiese lo que se llama arte de reynar con la perfeccion que V. M. Pero le fuera á V. M. muy inútil saber tan bien como sabe el arte de reynar sobre los hombres; si ignorase el que hace á los hombres capaces de reynar con Dios algun dia. Si la felicidad de un Príncipe pudiera consistir en el número de las conquistas; si estuviera vinculada á aquellas virtudes Reales y ruidosas que hacen heroes, y que canoniza el mundo; V. M. no tenia mas que desear: no le faltaba sino gozar con quietud el fruto de sus gloriosas fatigas. Pero todo esto, Señor, es aún muy poco para V. M. No era necesario tanto para hacer un Rey cabal segun el mundo: pero V. M. tiene mucha luz para creer que lo que hace la perfeccion de un Rey segun el mundo, baste para hacer la dicha y felicidad sólida de un Rey Christiano. Reynar en el Cielo sin haber reynado en la tierra, es la suerte de un millon de Santos, y eso basta para ser bienaventurados. Reynar en la tierra para no reynar jamás en el Cielo es la suerte de un millon de Príncipes, pero Príncipes reprobados, y por consiguiente infelices. Mi confianza, escribia San Bernardo (y lo que él decia á una testa coronada se lo digo yo hoy á V. M.) mi confianza es, que V. M. ha de reynar en la tierra y en el Cielo: *Sed & confido, quod hic, & in eternum regnabitur*. Que á pesar de todos los peligros, á pesar de todos los estorbos de la salvacion á que está expuesta la condicion de los Reyes, V. M. santificado por la verdad de las máximas de la Religión, gobernando un reyno temporal ha de merecer un Reyno eterno. Con esta mira, Señor, ofrezco á Dios todos los dias el sacrificio del altar: dichoso yo, si mientras todo el mundo aplaude á V. M. yo que tan lexos estoy del mundo puedo adquirir para V. M. una de aquellas gracias que hacen á los Reyes grandes delante de Dios, y segun el corazon de Dios. Porque á Vos, Señor, y á vuestra gracia pertene-

ce el formar Reyes de este carácter. Reyes Santos; y mi consuelo es, que aquel á quien tengo la honra de anunciar vuestra palabra, en la solidez y en la grandeza de su alma tiene con que dar cumplimiento á vuestros mayores designios. La santidad de un Christiano es como el efecto ordinario de la gracia: la santidad de un Grande es la obra de mas primor de la gracia; la santidad de un Rey es como un milagro suyo; la del mayor y mas absoluto de los Reyes será el prodigio de ella, y Vos sereis, Señor, su premio. Quiera el Cielo que podamos llegar todos á este premio inmortal que yo os deseo, &c.

Impones corona al Hijo del hombre, que
concedió sobre una nube con gran gloria.
Magister & Luc. c. 21. v. 27.

SEÑOR

Las mas reflexiones muy juiciosas de San Gregorio Magno, que nos se le atribuye á Juan Damasceno en el Evangelio el termino de Magister, sino quando se habla del Hijo universal de Dios que nos enseñó la ley de Dios y es muy digno de notarse, dice San Gregorio que este hombre Dios que por tanto tiempo era Rey, no tomó este nombre sino en dos ocasiones. La primera vez en predicar de Babilon, al tiempo de su baxada, quando entonces empezaba el juicio del mundo, como el mundo se lo debía declarar á su Disputador: Vnde se habria de decir (a) La entrada en la babilon que no dice del mundo juicio es el juicio de San Justo, donde se nombró á este mismo con el nombre de Rey, quando entonces se escribieron finalmente la justificacion que se da en las cosas sobre todos los hombres: Item, dice San Justo, que se habria de decir (b)